

NUESTRA EDUCACION I SUS DEFICIENCIAS

(Conferencia leída en la sesión solemne celebrada por la Sociedad Nacional de Profesores en el Salón Central de la Universidad de Chile el 26 de Julio de 1913)

DARÍO E. SALAS

SANTIAGO DE CHILE

Sociedad "Imprenta y Litografía Universo"

Galería Alessandri, 20 y 22

1913

Largos años arrulló nuestros oídos la sirena del optimismo en materia de educación pública. Largos años creimos los profesores—limitados como vivíamos a un mundo bastante estrecho, el de nuestra sala de clase—que trabajábamos bien: nuestros alumnos, merced a procedimientos importados, a recetas me- todológicas, por lo visto infalibles, aprendían lo que queríamos enseñarles, i eso nos bastaba. Largos años también, el padre de familia acomodado vió que su hijo adquiría en los colejos nuevos más conocimientos i más sólidos que los que a él le había procurado la educación antigua, i se declaró satisfecho. Por mucho tiempo, el que no concebía mas enseñanza que leer, escribir i contar, juzgó buenas las escuelas porque llenaban debidamente esa tarea con respecto a su hijo. I el analfabeto, incapaz de comprender las ventajas—aun las económicas más obvias, de la educación—.imposibilitado para apreciar las responsabilidades que la paternidad echaba sobre sus hombros, especuló con la sangre de la niñez, esposo a ésta a todos los vientos de las influencias malsanas, sin que nadie se permitiera molestarlo, i vivió tranquilo. Largos años, en fin, el lejislador—al menos el que se preocupó de estas cosas—se limitó a tomar nota de que el último mensaje presidencial acusaba un aumento de tantos en el número de escuelas, de tantos en la matrícula, de tantos en la asistencia, i eso era bastante.

¿Quién podía quejarse? ¿Quién podía atreverse a criticar esa educación que nos ponía a la cabeza de la América Latina; que prestijaban tan grandes nombres, i cuya teoría usaba lengua propia, privilegio de los iniciados, rica en espresiones estrañas— concentricidad, intuición, apercepción, pasos formales, unidades metódicas—que encerraban verdaderos misterios de la ciencia pedagógica ante los cuales debía el lego inclinarse reverente sin tratar de penetrarlos?

Pero hoi las cosas han cambiado. Lo que ántes, por ser consabidamente bueno, no nos preocupaba, ha llegado a ser objeto de la atención jeneral. Brisas de Europa i Estados Unidos; el progreso de nuestros vecinos del otro lado de los Andes, i el avance, incontenible según algunos, de nuestros hermanos rubios de Norte América, junto con la labor de instituciones como la Asociación de Educación Nacional i la Sociedad Nacional de Profesores, la obra de los propios institutos preparatorios de maestros—el Pedagógico i las Escuelas Normales—i la acción individual de algunos ciudadanos bien intencionados i patriotas, han conseguido, por

fin, despertarnos del sueño peligroso que dormíamos. Desde la fundación de la Asociación de Educación Nacional, los problemas de enseñanza han estado siempre sobre el tapete, i desde que el señor Encina dió en este mismo sitio sus conferencias sobre «Nuestra Inferioridad Económica», ellos han pasado a ser la cuestión del día, el asunto de moda.

No es este el momento de juzgar el valor de las censuras hechas a la educación existente, ni la bondad relativa de las nuevas orientaciones que a ella se señalan. Importa, sí, dejar constancia de que estas censuras i estos descargos, estos ataques i estas defensas, han producido como resultado un despertar de la conciencia pública ante los problemas de educación. I hemos logrado atraer el interes jeneral porque nuestras discusiones han versado sobre rumbos, no sobre detalles de procedimiento; porque hemos procurado poner de manifiesto las proyecciones nacionales de los asuntos de enseñanza. El aspecto psicológico, el cómo de la educación, único que antes nos preocupaba, ha cedido su lugar al qué de la educación, al aspecto social. Ibamos en Herbart; estamos hoi en Ward. De ahí que los debates que ahora sostenemos, si bien dirán relativamente poco al maestro práctico, podrán, en cambio, decir mucho al gobernante, al político, a los directores de la enseñanza.

Una de las formas en que aquella recién despertada conciencia nacional se exterioriza, es la demanda de un incremento en las sumas que se destinan anualmente para fines educativos.

Pero parece ser que no basta pedir dinero en jeneral. De ahí que la Sociedad Nacional de Profesores haya creído conveniente detallar algunas de nuestras deficiencias, siquiera las más graves.

Nada hai más fácil que exhibir nuestras miserias i enumerar nuestras necesidades. La única dificultad reside en la elección.

Cualquiera enumeración, sin embargo, ha de empezar forzosamente con una frase que ha pasado a ser el estribillo de cuantos se preocupan de estas cosas: difusión de la enseñanza primaria.

Mucho nos hemos empeñado en el último tiempo por sacar a luz los defectos de la educación existente, de esa educación que damos a un mínimo tanto por ciento de nuestra población. Menos hemos llamado la atención, en cambio, hácia el primero de los problemas educacionales de hoi i de muchos años todavía, o sea, el de estenderlos beneficios de la enseñanza; el de procurar librarnos de esta remora de nuestro progreso, de ese enorme peso muerto que arrastramos en nuestro camino hácia la cultura i que la estadística nos describe en cifras aterradoras: 60 % de analfabetos en la población total; 58 % entre los hombres, 62,1 % entre las mujeres!...

Sólo 287,115 alumnos en las escuelas primarias del Estado, 21,600 en las particulares i unos 35,000 en los demas establecimientos de enseñanza! Puede afirmarse que, de la población escolar de 6 a 14 años, apenas si reciben educación en la actualidad 325,000 niños en total. I esta es la cifra de la matrícula. Entre otras causas, la falta de coacción hace que la asistencia en las escuelas primarias no alcance siquiera al 60 % de la matrícula. La asistencia media es, según los últimos datos de la Inspección Jeneral, de 169,744.

El Censo publicado en 1908 nos dice que la población de 6 a 14 años alcanzaba en esa época a 715,000, cifra que puede hoy elevarse fácilmente a 750,000 o más. Resulta de esos datos que, a estas mismas horas en que la enseñanza es la cuestión del día, unos 425 000 niños—largo más del 56 % de nuestra población de 6 a 14 años—crecen extraños a la influencia de la escuela, incapaces de participar en la democracia, desprovistos de oportunidad para llegar a rendir en la sociedad el máximo de su eficiencia.

I ni en Santiago, señores, ni en la cara de la República, hemos conseguido disminuir gran cosa la proporción de analfabetos. El Censo prolijamente levantado hace tres años por la Inspección Jeneral de Instrucción Primaria, arroja la cifra de 21,318 entre 59,643 niños de 6 a 14 años. Más de la tercera parte, pues, de los niños de edad escolar que viven en la capital de este país, no sabe leer.

Podríais pensar que, al fin i al cabo, esta situación es consiguiente a nuestra juventud como nación, alas condiciones poco favorables en que empezamos, a raíz de nuestra independencia nacional, la lucha por la cultura. Pero para salir de ese error— si alguno de vosotros ha caído en él—, para convencerlos de que este atraso no es sólo absoluto, sino también relativo, os bastará la comparación de nuestro estado con el que presentan países que empezaron la jornada al mismo tiempo que nosotros i en iguales o peores condiciones que nosotros. Tomad la memoria del comisionado de Educación de los Estados Unidos, correspondiente a 1910, al año de nuestro Centenario: abridla en el capítulo relativo a las estadísticas de la enseñanza primaria en los países extranjeros... i empezad a enrojecer. Al lado del Ecuador con un 7,78% de su población total en las escuelas, de la Argentina con 9,5%, del Uruguay con 6,89%, aparece Chile... con 5,05"! I si, en volúmenes anteriores de esa misma obra, leéis los datos correspondientes a 1905 i 1906, veréis también que, al paso que la Argentina, por ejemplo, aumentó en tres años su asistencia escolar en 0,75 % sobre su población total, nosotros, en el mismo tiempo... la disminuimos en 0,80 %.

Os dirá, además, el libro del Comisionado de Educación que Costa Rica logró, entre los años 1907 i 1908, elevar la cuota de su matrícula escolar de 7,3 % a 8,54 %, i os dirá también que Cuba tiene hoy un 9,57 % de su población en las escuelas. I eso para no compararnos con los países europeos, entre los cuales apenas si el Portugal i la Rusia se presentan con porcentajes inferiores al nuestro i los demás casi todos con cifras superiores a 10 % i algunos aun, al 15 %, como Alemania, Inglaterra, Suiza, Austria, Holanda i Noruega. I eso para no compararnos tampoco—sería ofender nuestra dignidad de nación soberana— con países que aun no disfrutaban sino a medias de esta independencia política de que nosotros gozamos sin aprovecharla lo bastante: la colonia de Jamaica tiene un 10,07 % de su población en las escuelas; la de Trinidad, un 17,61 %, i las de Transvaal i Orange, más de 12 %; las diversas provincias del Dominio del Canadá, más de un 20 %; los Dominios de Australia, Nueva Zelanda i Tasmania, porcentajes que fluctúan entre 11,26 i 17,2 %.

Un 60%, pues, de analfabetos en la población total, cerca de medio millón de niños en estado de recibir enseñanza que no la reciben, una cuota de asistencia escolar inferior a las que pueden exhibir muchos de los países que han luchado contra la ignorancia en condiciones tanto o más desventajosas que las nuestras: he ahí el balance de nuestra situación en lo que se refiere a difusión de la enseñanza; he ahí la primera de nuestras grandes deficiencias educacionales; he ahí también la mayor de. nuestras vergüenzas...

Necesitamos 4,000 escuelas mas, 10,000 maestros mas, 200000 bancos mas. Pero estamos en réjimen de economías, i ayer solamente, el Inspector Jeneral de Instrucción Primaria ha debido devolver a las oficinas de orí jen, con una nota—verdadera carta de pésame dirigida al país—un buen número de espedientes en los cuales solicitaban los Visitadores la creación de unas 150 escuelas rurales en distintos puntos de la República. Son 8 o 10,000 niños de esos cuyos padres producen la materia prima de nuestra alimentación, a quienes ya no podremos devolver en luz lo que nos dan en pan...

¡Ah! Vosotros los encargados de custodiar e invertir el dinero de nuestras arcas! Si nunca habéis bajado ni podéis bajar hasta el substracium de nuestra sociedad, ni os habéis conmovido ante el negro cuadro de miseria material i moral que pintó allí la ignorancia, pesad al ménos vuestra responsabilidad para con el futuro, i ya que no el altruismo, sea la conciencia del deber, austera i fria, la que os haga jenerosos! I si no os sentís tampoco solidarios del porvenir, reflexionad siquiera en lo que la estadística comparada dice para nosotros de deprimente, i que sea entonces el orgullo nacional, la vanidad, si queréis, lo que os mueva a emprender esta obra de salud pública i de redención social! No importan al país vuestros motivos; le importan vuestros hechos.

II

I si de esa educación que no se imparte pasamos a considerar la que impartimos, también saltarán a nuestra vista inmediatamente deficiencias graves, males todos, o casi todos, cuya curación podrá exigir recetas diversas, pero en las cuales entrará siempre como medicamento indispensable el dinero.

Examinemos algunas de esas deficiencias. Las hai en abundancia en la educación intelectual, pero las relativas a la educación moral i física me parecen a mí más urgentes de remediar.

Hai ya quienes creen que nuestro pueblo decae físicamente, i quedan también optimistas que entretienen sus ocios en cantar nuestro vigor tradicional. Cuestión no investigada todavía, se me presenta, sin embargo, con claridad bastante para fundar una convicción. Me basta esta vez el camino deductivo. El cuerpo, para mantenerse sano i vigoroso, necesita alimentación adecuada; nuestro pueblo consume en alcohol gran parte de lo que debería consumir en procurarse esa alimentación: luego, su salud i su vigor disminuyen. Más: la salud i el vigor exigen determinado réjimen i determinados ideales de vida, que son el resultado principalmente de la educación i, en particular, de la educación moral, que casi en parte alguna se recibe convenientemente entre nosotros. De ese réjimen i de esos ideales, carece, por lo tanto, nuestro pueblo, i de ahí también su decadencia.

Es indudable que una de las causas de que no nos demos cuenta de este descenso, está en el hábito. Pero ausentaos del país dos o tres años i quedaréis asombrados, a vuestra vuelta, de ver cuán poco corresponde el peón chileno, digamos, a ese tipo ideal que, junto con el recuerdo de la patria, os acompañó en vuestro viaje. Los estragos que en el indio del sur han hecho el alcohol, el alimento miserable, el olvido de las costumbres hijié- picas de sus antepasados i nuestra «civilización», empiezan ya a observarse también en nuestro pueblo.

I si a eso se agrega todo lo que revela de precocidad sexual el «folklore» infantil de nuestros días, todo lo que nos dicen la explotación i corrupción del niño en las fábricas i talleres, la vida inmunda del cuarto redondo, el enorme porcentaje de niños muertos en la primera infancia ¿no se ve acaso que si algo urjo en esta educación que nos enorgulleció hasta hace poco, es dirigir la actividad escolar hácia esos dos grandes problemas, la conservación física i la sanidad moral de nuestra raza? La enseñanza de la Puericultura en las escuelas de niñas; una conveniente educación sexual en todos los colejos, que traiga consigo el abandono de esa «política de la abstención, del silencio i la mentira» de que hablaba el año pasado la Sociedad de Madres alemanas, i la santificación del secreto de la vida; la higiene escolar, que haga de la escuela un sitio cómodo, atrayente, sano, superior al hogar mismo; la inspección médica real e individual en todas las escuelas de la República, el establecimiento de la libreta médico-pedagógica e instrucciones a los padres sobre la crianza de los hijos; comedores escolares, i sobre todo, inculcación de hábitos i sujerimiento de ideales: he ahí unos pocos, los más indispensables, de los remedios.

Comparad estas necesidades con cualesquiera otras de los distintos servicios públicos i ved si hai alguna, apárte de la difusión misma de la enseñanza, que sea más urgente, que nos afecte en forma más vital.

Pero hagamos economías. Dejemos que se pudra el niño en las fábricas i en eso que, quizás por ironía, seguimos llamando su hogar; no modifiquemos el medio familiar i dejemos que continúe destruyendo el influjo de los medios artificiales que la escuela crea; tengamos edificios escolares con higiene de conventillo; riámonos de la inspección médica; sigamos creyendo que la sopa escolar es una limosna que el Estado no puede ni debe hacer; sigamos titulando doscientos o doscientos cincuenta normalistas por año, en vez de los quinientos que necesitamos; dejemos a los maestros en la ignorancia respecto a los dos capítulos fundamentales de la ciencia de educar, la pedagogía del hábito i la pedagogía del ideal... i a la vuelta de unas cuantas jeneraciones, el individuo de esta casta heroica, el chileno viril que venció a la naturaleza i a los hombres, habrá pasado a ser, como su hermano de Arauco, un personaje de novela o de epopeya.

Señores lejisladores, la suerte de la raza está en vuestras % manos. Salvadla.

III

Otra gran necesidad. Sabemos que el aprendizaje mnemónico i verbalista ha hecho ya su época i ha cedido su sitio a la enseñanza racional; sabemos que ya no se concibe la escuela pasiva, con bancos para oír, i que la escuela de hoy es activa, con aparatos para obrar; sabemos que el arte de la enseñanza consiste en dar o negar estimulantes a fin de que se produzcan en el alumno reacciones favorables i de evitar que se produzcan las desfavorables, i sabemos también, de consiguiente, que lo que modifica al sujeto de la educación, o sea lo que lo educa, son, en realidad, sus propias reacciones. El papel negativo del profesor, dentro de tal concepto de la educación, consiste en velar por que no obren sobre el discípulo estimulantes que pudieran traer reacciones inconvenientes, i su papel positivo no es otro que el de proporcionar estimulantes adecuados, crear oportunidades, construir situaciones artificiales tan semejantes como sea posible a la vida misma i vijilar las reacciones que esos

estimulantes provocan en el alumno. De modo, pues, que ya no educamos sino indirectamente; el niño se educa a sí mismo.

Todo eso lo sabemos; pero la práctica de este nuevo concepto de la educación implica medios para crear situaciones a que el discípulo pueda reaccionar; implica la existencia de laboratorios, de gabinetes de ciencias naturales, de bibliotecas, que permitan el trabajo individual e independiente del educando.

Pero buscad esos laboratorios, esos gabinetes, esas bibliotecas, i no los encontraréis por ninguna parte en las escuelas, i si los halláis en los liceos, los encontraréis incompletos o inútiles para el objeto que acabo de señalar, el trabajo individual e independiente. Eso es lo menos que dicen los informes presentados hace poco por los profesores de enseñanza secundaria respecto al material de que disponen sus colegios respectivos.

IV

Sabemos hoy también—i esto es más viejo—de las ventajas de la objetivación en todos los grados de la enseñanza i especialmente en el primero. En ese grado en que la imaginación del niño carece todavía de control por falta de experiencia suficiente, en que él es todavía incapaz de la atención sostenida, en que no llega fácilmente a condensar sus experiencias en conceptos generales i no reacciona sino a impresiones de cosas concretas, en que las delicadas adaptaciones del ojo que requiere la lectura exigen un desgaste excesivo con relación al beneficio que ella procura, la objetivación es no sólo conveniente, es indispensable.

Pero objetivar significa hoy día disponer de linternas de proyección, estereoscopios, cinematógrafos, epidiascopios... I esto sí que no se ve en ninguna parte, fuera de la Universidad, del Instituto Superior de Educación Física, de algunas Escuelas Normales i quizás también de uno u otro Liceo.

V

Las actuales orientaciones de la educación son sociales i económicas; empieza a entenderse como preparación del indi-